

ALGUNOS RETOS PARA LA FORMACIÓN. EDUCACIÓN Y PSICOANÁLISIS¹

María Ángela Cánepa*

En el momento actual, la tarea de quienes trabajan en educar, formar y explorar lo humano está especialmente confrontada con la demanda de una educación ligera, sin raíces en el mundo interno. El actual interés por la subjetividad no supone una autoexploración que trascienda sino que habilite a seguir la vida sin interpelarla.

Está en juego no sólo la ligereza sino también “lo vincular”. En los dos procesos, el de formación integral y el de la pesquisa interior a través del psicoanálisis, la relación con un “otro” es un eje central. El «otro» que atiende, ayuda a curar, escucha, en el caso del análisis; el «otro» que informa, provoca, estimula las preguntas, en el caso de la enseñanza. Ambos quehaceres tienen algunas semejanzas y también su especificidad y sus diferencias. En ambos se trata de acompañar procesos de construcción y reconocimiento, en cierto modo, del advenimiento del sujeto.

Daremos una mirada a algunos posibles destinos de la tarea de enseñar y curar y trataremos de entender las resistencias que se levantan en contra de estos procesos, indagando finalmente por el sentido de algunas de las más agudas expresiones de desajuste y sufrimiento en nuestros tiempos.

1 Este texto reproduce la lección inaugural del año académico 1998 en la Escuela Superior Antonio Ruiz de Montoya, Lima. Fue publicado en la *Revista Páginas* N°169, Lima, Perú. Transcurridos diez años de su muerte, lo publicamos como homenaje a su memoria.

* María Ángela fue psicoanalista en formación hasta el 2006, año de su fallecimiento. Licenciada en Psicología por la PUCP, fue Docente de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, de la escuela de Psicoterapia EPCA. Participó en proyectos de trabajo con jóvenes y en torno a temas de Derechos Humanos y de los efectos sociales y psíquicos de la violencia.

Lo integral y lo movilizador, temas comunes a ambos quehaceres

Un punto central de encuentro entre psicoanálisis y educación integral nos lleva al tema del “desarrollo”. Desarrollo que el psicoanálisis tiene el objetivo de favorecer levantando los bloqueos para su libre realización e intentando reparar sus distorsiones. Desarrollo que, por su parte, la formación estimula al proveer de condiciones, guía, espacio, información y estímulo. Cuando hay condiciones para que los aprendizajes desaten un proceso global, se abre paso a cadenas asociativas y a un abanico de preguntas que formará parte del bagaje de la persona. Más allá de esto, la ambición formativa pretenderá, sin un modelo impuesto, permitir la emergencia del yo, oculto o simplemente latente o germinal, de los aspectos potenciales, de las dimensiones que hacen el pensar, pero también el actuar y el sentir. El “funcionar” no será entonces a costa de escisiones y puntos ciegos, implicará todo el ser del sujeto.

En esta formación integral, más allá del conocimiento, se trata también del vínculo y de la cualidad de “objeto internalizado” que en algún momento adquiere el maestro, o aspectos de él... el conocimiento, la idea, el ideal. Es decir, hay un registro no intelectual que va construyendo, estructurando el *self*. Es el estímulo no sólo al yo pensante, sino también a los procesos del yo, auto-observador, autocrítico, indagador, capaz de permitirse el caos y la confusión para construir sus criterios, su estructura.

El psicoanálisis radicaliza lo movilizador de la formación, ya que se sostiene precisamente en la demanda del paciente de conocerse y cambiar, más allá o más acá de lo accesible para él. Demanda de ser ayudado en una construcción que implica la puesta en cuestión de todo lo que se cree y se es, para —desde un yo fortalecido y desde un sí mismo más integrado—, poder enfrentar la vida.

Las experiencias que invitan a grandes cambios y movilizaciones internas generan ansiedad, ambivalencia y resistencias, porque comprometen al sujeto en la tarea de construirse, porque generan una confrontación con aspectos de sí poco familiares y tolerables, porque a veces producen una gran lucidez dolorosa sobre los motivos propios y ajenos. Por eso es frecuente el deseo de no saber, la resistencia a sumergirse en procesos radicalmente transformadores. Mirar hacia dentro, además, puede ser el contacto con lo amorfo, el reino de la no información, la página en blanco, las manchas confusas, los paisajes oníricos... aparentemente sin sentido.

Estos fuertes movimientos no atañen al alumno solamente, resignifican el saber del maestro, lo exponen e interpelan, si se deja. Idealmente, crecemos

como profesores si podemos renunciar al lugar del saber, del poder, para entrar en cada indagación, clase y novedad. José Bleger (1964), psicoanalista argentino, lo formulaba como el mutuo proceso de “enseñaje” entre profesor y alumno. Ensamblaba este término a partir del intercambio de los lugares que permiten a ambos, profesor y alumno, tanto la enseñanza como el aprendizaje. Traducido a otros términos, se trata de una experiencia mutua de reestructuración.

Estos asuntos tocan indirectamente la calidad de vida de las personas, su salud mental. En la utopía de una sociedad donde la fachada y las máscaras no sean lo más valorado, la fuerza de los sujetos, su integridad y su capacidad de oponerse a lo injusto, así como su coraje ante la confrontación cuando es necesaria, llevan inevitablemente a relaciones y jerarquizaciones distintas. Se produce un movimiento donde los procesos internos tienen repercusiones en el afuera, en los vínculos, en el desempeño social de los sujetos.

Algunos de los procesos fundantes de la persona se dan una y otra vez, proveen de nuevas oportunidades para la estructuración, la reparación, la integración. Queremos reseñar lo que, desde el aporte analítico, sabemos que se puede movilizar aun fuera del espacio analítico propiamente dicho, en la educación, por ejemplo.

Las hebras en el tejido del *self*

“La madre, antes de ser objeto, es el entorno indivisible.
La psique, antes de ser receptáculo de objetos, es espacio...”.

(D.W. Winnicott, citado por J.B. Pontalis, 1993)

Algunos de los temas que el psicoanálisis actual revela como líneas maestras en la construcción del sujeto tienen que ver con la importancia y necesidad de un “otro” que sabemos, primero, que es portador, continente, alimento, soporte... luego espejo, mirada amorosa, revelación de sentido... después exigencia, palabra, norma... con el tiempo par, amigo, rival, modelo, enemigo, distinto, amenazante, reconfortante... objeto de satisfacción, de necesidad, de hostilidad, de deseo... Y además objeto interior, “internalizado”, parte del *self*.

Muchas veces el otro es como el terapeuta en la sesión analítica, quien, a manera del líquido sobre el negativo de la fotografía, revela la imagen o un aspecto de ella. En un ámbito, el terapeuta; en otro, el profesor y los compañeros; ellos hacen este juego de presencias, contrastes para producir la emergencia de aspectos latentes. La forja de un vínculo que requiere de dos para hacerse es

un paso más que presupone el haberse separado, diferenciado en un proceso de individuación que toma tiempo para el desprendimiento de una matriz no eterna, la madre.

Margareth Mahler (1977) es quien ha investigado el proceso del “nacimiento psicológico” del niño, posterior al nacimiento biológico. Por este desprendimiento gradual se da la intensa relación simbiótica entre la madre y el niño, que se va desprendiendo, dependiendo cada vez menos, aprendiendo a querer y nutrirse en condiciones de individuación y temprana autonomía. Este momento supone separarse y reencontrarse, odiarse y quererse en una convivencia socializadora, en un entrenamiento relacional para la vida. La gesta de una representación interna de sí mismo es entonces eso, una gestación que requiere de una partera que ayude el alumbramiento. La individuación se va haciendo posible porque el “adentro” es habitado por las personas y las experiencias vividas. En el devenir de la vida, nuevos vínculos, encuentros y vivencias resignificarán lo anterior y harán nacer nuevos aspectos y potencialidades.

Heinz Kohut (1996) destaca la función de espejo que el otro tiene, por el reflejo que todo ser humano necesita para saberse, para contemplarse y existir, primero en la mirada amorosa de la madre, reflejo que en distintos grados solemos necesitar en la vida adulta.

Llegamos a Winnicott (1986), que resalta la importancia del *holding* o contención para que el pequeño niño, aún incapaz de pararse en sus propios pies, sea sostenido para no caerse, desparramarse, asustarse, fragmentarse, función que con el tiempo será capaz de hacer para sí y para otros. Para advenir como ser, la criatura humana requiere de la significatividad de los vínculos, saberse diferente y con sentido para alguien, ser reconocido, nombrado por los otros, pasando de ser eco a ser voz con sentido propio. La significación la provee una relación donde el afecto y un cuidado suficiente van creando un código, enlazan y permiten el intercambio... y así llegamos a la palabra, la palabra que dice, la palabra estructurante, que en el proceso de hacerse persona es trazo, perfil, identificación de percepciones, sentimientos, diferencias, enunciación de necesidad, deseo, creación, puente para con los otros.

En esta rápida enumeración, el otro, el vínculo, la contención, el espejo, la palabra, claves de la estructuración del recién nacido, parecerían ya conocidos o triviales, sin embargo, recapitarlas tiene el sentido de recordar que en estas primeras bases hay tales dificultades, fisuras, abismos, que aquí encontramos los orígenes de las patologías y sufrimientos actuales, de donde a su vez nacen graves fenómenos sociales e institucionales de desencuentro.

Los malestares de nuestro tiempo

En el mundo de hoy, lo que pareciera estar enfermo es la capacidad de relación. Más que nunca se enfatiza la función de hacedor de cada cual respecto a su vida. Esta perspectiva suprime y deslegitima la natural dependencia primera, la necesidad y papel del otro a lo largo de toda la vida. Va marcando con el elogio la autosuficiencia, el narcisismo, al individualismo, distorsiones e imperativos que destruyen el principal insumo de construcción del mundo interior. Todo lo que se sabe sobre el valor del vínculo queda fuera, ignorado, escotomizado.

En tiempos de Freud las revelaciones eran otras: la fuerza del inconsciente, el papel de la represión, la sexualidad, los instintos de vida y muerte, el significado de los síntomas, los sueños, los lapsus, etc. Estas hipótesis abrían las mentes de la época hacia el hombre complejo y sobredeterminado que cada cual era. Y uno de los orígenes de esta pesquisa era buscar el mensaje de las enfermedades psíquicas de aquel tiempo, luego vino la pregunta sobre el funcionamiento normal, los modos de operar de la psique y su estructuración en el pasado infantil de cada cual... el poder de la fantasía y las formas de operar del inconsciente. Se atisbaba una conquista de ese espacio tan poco explorado realmente hasta ese entonces, tanto que Freud lo llamó el “territorio extranjero interior” (1904).

Hoy, con la supuesta globalización, nada pareciera ser muy extranjero, pero, no nos engañemos, las distancias, ignorancias y negaciones cobran nuevas formas. Aparentemente hay mayor acceso a “saber” y tener experiencias formativas, pero se generan a su vez nuevas estrategias de ocultación, nuevas formas de tapiar aquel mundo interior. Éste, en muchos casos críticos, pareciera un *collage*, tapando unas partes a otras, como una constelación de trozos ajenos. Y no se trata de nuevas formas de ser, versátiles, adaptables, no se trata de un enriquecimiento por las múltiples introyecciones, ni de nuevas identidades.

Nuestra escucha, en el campo clínico y en algunos otros espacios, nos permite entrever que el hombre y la mujer de hoy, sobreexpuestos a tanta información, a manera espasmódica a veces, como imagen, ícono, fugaz visión... padecen de confusiones en diversos planos, carecen del tiempo y del proceso para digerir tanto estímulo, carecen, lo que es más importante, de las funciones que permitirían jerarquizar, ubicar la significación de la información y la experiencia. En esta vorágine, el significado de los vínculos, el cultivo de las relaciones, la intensidad de los afectos, el lugar para el eros, para el devenir de las relaciones se diluyen, tanto como la disponibilidad para la relación, es decir, el lugar exterior como el lugar del alma.

Sin embargo, el *collage* que refleja el mundo interno se ha vestido de los colores y las formas de los discursos actuales, puede parecer arte, puede parecer acabado, puede no preocupar a nadie, pero muestra también su no elaboración. Una imagen clara de esto nos la da esa creación del arte actual que son las llamadas «instalaciones». Son composiciones con objetos reales que se disponen e instalan en un espacio elegido, toman el objeto, toman el espacio, crean un conjunto, muestran tras el volumen la distribución, exponiendo sin reproducir y, es más, incorporan al observador a este nuevo paisaje provisional. Otras veces, bajo el mismo nombre, se nos muestra ya no un montaje, ni un conjunto, sino un vaciado de objetos desparramados al azar, sin un proceso de instalación-elaboración, a veces sin intención ni sentido. Así son algunas presencias hoy, vaciamientos de acciones y actitudes, sin nada detrás, y esto es grave.

Los disfraces del presente no son pobres, al contrario, impresionan, se han sofisticado muchas veces. Y cuentan con el aval del entorno, permisivo o contemplativo o impotente ante la transgresión, la perversión, lo dañino. Vemos desde la popularidad de un psicópata en un barrio o club social hasta el “éxito” de estrategias de vida viscosas; la elección de personas no probas para cargos cruciales; la impunidad crónica, pasando por modalidades más normales y menos bizarras: el uso continuo del arte para ocultarse y no revelarse; el uso del conocimiento y niveles altos de abstracción o tecnicismo para desconectarse de lo humano. Aquí, hasta la “creatividad”, el “conocimiento” y el “análisis” pueden actuar al servicio del encubrimiento y la apariencia.

Hoy en día la gente sufre de muchas maneras: actúa, pero no puede sentir, cede a su impulso, pero no le da placer, tampoco culpa; vive el vértigo de la fascinación consigo mismo, pero el mareo es mayor que el éxtasis. A propósito del éxtasis, la falta de resonancia ante la vida misma es tal que se suele recurrir a medios artificiales para sentir, activar en el cuerpo respuestas que, vía el afecto o la fantasía, ya no son más evocadas... vivencias «bamba», como dicen los jóvenes, para vidas *pseudo* y personalidades “como si...”.

El tema de los dolores de nuestro tiempo y las formas que toman nos señalan su función de estrategias para soslayar la formación muchas veces, o el desarrollo y la instalación en la realidad, de un sujeto capaz de lidiar tanto con la realidad que lo rodea como la que lo habita.

Dos enfermedades actuales que retan a la psiquiatría, la psicoterapia y el psicoanálisis parecieran poder representar los dramas del momento. Se presentan en el tránsito a la adultez, en la adolescencia, en el cruce de caminos en que las transformaciones del cuerpo y el alma son los contenidos de lo que es

la vida. Soslayando las preguntas e identificaciones, aparecen como un riel que esquivo la elaboración, la digestión, el metabolismo. Y no son casuales estas imágenes.

En la pubertad y adolescencia, en distintas sociedades hoy, aparecen la bulimia y la anorexia. La primera, obsesiva e irrefrenable voracidad cargada de culpa y autodesprecio, que quiere resolverse en un vómito posterior, para, más adelante, repetir el ciclo saturación-vaciamiento. Si nos permitimos la licencia de usar esta grave enfermedad como una metáfora de un modo de funcionar del aparato psíquico, describiríamos a la persona como un conductor, un canal por donde las cosas entran y salen, no permanecen, porque si lo hacen son vividas como tóxicas, venenosas, causa de fealdad, hinchazón, saturación... hay que desocupar ese espacio interior para ocuparlo y vaciarlo sucesivamente.

No es forzar la imagen si señalamos que pareciera un paradigma de cómo muchos seres viven su relación con sus trabajos, compromisos, afiliaciones, sexualidad, etcétera.

Tras esto no hay una calificación moral, no es posible, hay una pregunta: ¿por qué y cómo la sociedad actual engendra estos estilos... formas de morir... de no incorporar, de repeler toda asimilación formativa, estructurante?

Y la anorexia, angustiante amenaza que pende sobre los padres, los médicos, los "otros" que deben medir cada vez los electrolitos y el estado de un cuerpo que desplaza al alma de la preocupación, pero que no la alivia. Aquí los movimientos son: resistir la ingesta, cuidar la imagen, ser mejor que la madre, disputarle al espejo la versión real de su imagen: "no soy como debo ser"... e irse desvaneciendo en vida. Amenaza de muerte y locura. Repudio a la necesidad y al placer de recibir, de disfrutar con los otros, de buscar el punto de control-regulación del yo. Es la fijación en un vacío, en un modo de no relación, no intercambio, hermetismo.

Lo dramático e interesante a la vez es que el tratamiento de estos males no tolera tampoco la interpretación, instrumento analítico por excelencia, pues la emergencia es tal que no cabe esta búsqueda de sentido. No hay un interlocutor preguntándose, pues está actuando y su espacio interno para el afecto y el sentido de sus síntomas está como su cuerpo, debilitado, insuficiente, no fértil para la siembra.

Miremos otras formas, ya independientes del simbolismo alimentario: el sufrimiento crónico y resignado de la violencia familiar, donde el hogar significa para tantos un espacio habitado por el golpe, la descalificación, la impotencia, el miedo... La vivencia de la ecuación siniestra hogar-violencia es

un punto de partida y retorno, muy frecuente en todos los medios, como las violaciones a manos de personas consideradas protectoras y confiables, dando lugar al descrédito del vínculo, quebrando toda contención, dando paso a lo siniestro, lo confuso, lo perverso... perversión de la intimidad.

Estos traumas son puntos de partida para generaciones por venir, de deformaciones varias y de violencias en distintos registros... son sufrimientos que cortan los hilos de contacto con el otro de manera irreversible en muchos casos. Hay investigaciones que establecen vínculos entre la violencia familiar y la política, una incuba la otra, ambas expresan un vacío que induce a la acción, porque dentro no hay caminos de acceso al otro, por tanto sólo queda destruir.

Incomodidades que trae consigo el conocimiento de lo psíquico

Como un síntoma más de los tiempos, estarían las resistencias a las estrategias formativas, estructurantes, de largo aliento, al psicoanálisis incluso en su tradición desencubridora. El conocimiento de las formas de funcionamiento del psiquismo es un umbral para ciertas preguntas, es activador de una cierta introspección, puede revelar al sujeto su autonomía y responsabilidad, el campo de sus posibilidades. Aun en meros cursos teóricos, la exposición de algunas ideas sobre el mundo interno “moviliza” sentimientos y despierta reflexiones sobre las propias determinantes, fantasías, motivaciones. Ya no sólo es un deseo de saber, puede ser un cuestionamiento radical. Y si el proceso sigue surge el nacimiento de una búsqueda de sentido. Pero ésta siempre ha sido atemorizante, como si por reveladora fuera a ser culpógena, acusadora, como que la revelación encontrada sobre el sentido de un síntoma, un *impasse* de desarrollo, no pudiera ser usada constructivamente.

Por otro lado está la curiosidad. Así como hablar de sexualidad “erotiza”, creemos que hablar de subjetividades y mundo interno provoca reacciones inesperadamente susceptibles, suspicaces, curiosas, o a veces significativamente “indiferentes”. Como si existiera un pudor, un secreto, una culpa en torno a lo que es subjetivo y no evidente. Así la tematización de estos asuntos convive con la resistencia activa contra su pesquisa. No faltan discursos y especialistas, pero sí la voluntad de indagación ahí donde a veces es necesaria: los lugares donde florece el conflicto, la corrupción, la impunidad.

Esta pesquisa incomoda porque obliga a trascender la zona turística: como cuando la gente muestra su ciudad a un desconocido y privilegia los parques, las calles ordenadas, la parte presentable, mientras existen siempre los suburbios y

catacumbas que forman también parte de esa ciudad, configuran un paisaje más real, pero que para ser conocido requiere ampliar los itinerarios.

No son casuales las imágenes que se han usado para hablar de la labor que el análisis provoca, como la imagen del parto, sobre la cual Fabio Hermann nos recordaba: *No estamos ahí para ayudar a dar a luz los fórceps, los instrumentos teóricos del médico, sino el bebé-otro que nace*².

O la de Freud, cuando cita la comparación que Leonardo da Vinci hace entre las artes y la aplica a su propia comparación entre sugestión hipnótica y la técnica psicoanalítica: *La escultura procede per via di levare quitando de la piedra la masa que cubre la superficie de la estatua en ella contenida... la terapia analítica no quiere agregar nada nuevo* (1904). Es decir, dejar que la materia prima, piedra, madera, yeso, mármol, revele de sí su forma.

Este recorrido por algunas de las ideas del psicoanálisis actual quiso plantear la posibilidad de ver el encuentro en los ámbitos de educación, tutoría, cotidianidad como puestas en juego de las imágenes y estructuras que cada ser humano es, señalando que en el ámbito de la vida misma, fuera de la situación analítica, se dan potenciales restitutivos, organizadores y preventivos.

Espero que los hitos de formación de lo humano y el mundo interno que el análisis nos ayuda a entender nos den pistas sobre lo subyacente a cada contacto, aun en el acto de educación.

Quiero terminar con un poema de Jacques Prévert en su libro *Palabras* (1946), a partir del cual un psicoanalista argentino, del que lamento desconocer su nombre, se inspiró para hablar del proceso de dos que es el análisis y, por qué no, alguna pedagogía del alma. Describe el proceso de ayudar a otro a ser y a narrarse, y las condiciones de respeto, tiempo, paciencia y matriz necesarias.

PARA HACER EL RETRATO DE UN PÁJARO

*Pintar primero una jaula
Con una puerta abierta
Pintar después
Algo bonito, algo sencillo
Algo bello, algo útil
Para el pájaro.
(El espacio analítico)*

2. Conferencia sobre el futuro del Psicoanálisis. Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Lima, 1998.

Colocar después la tela contra un árbol
 En un jardín, en un bosque
 O en una selva
 Escondarse detrás del árbol
 Sin decir nada
 Sin moverse...
 (El diván, sillón del paciente)

A veces, el pájaro llega enseguida
 Pero también puede tardar largos años
 Antes de decidirse
 No desanimarse
 Esperar

Esperar si es necesario durante años
 Pues la prontitud o la tardanza de la llegada del pájaro
 No tiene ninguna relación
 Con la consecución del cuadro.
 Cuando el pájaro llega
 Si es que llega
 Guardar el más profundo silencio
 Esperar que entre en la jaula
 Y cuando haya entrado
 Cerrar suavemente la puerta con el pincel
 Después
 Borrar uno a uno los barrotes
 Teniendo cuidado de no tocar
 Ninguna de las plumas del pájaro.
 (Las resistencias)

Hacer luego el retrato del árbol
 Eligiendo la más bella de sus ramas
 Para el pájaro
 Pintar también el verde follaje
 Y la frescura del viento
 El polvo del sol
 Y el rumor de los animalillos de la hierba en el calor del verano
 Y luego esperar que el pájaro se decida a cantar.
 (Las resistencias)

Si el pájaro no canta
Es mala señal
Señal que el cuadro es malo
Pero si canta es buena señal
Señal de que podéis firmar.
Entonces, arranca con mucho cuidado
Una de las plumas del pájaro
Y escribid vuestro nombre en la esquina del cuadro.
(La despedida y la cura)

Referencias bibliográficas

- Bleger, J. (1964). *Temas de Psicología (Entrevista y grupos)*. Bs As: Nueva Visión (1986).
- Freud, S. (1904). Sobre psicoterapia. En: *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva. (1973).
- Kohut, H. (1996). *Análisis del self*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Mahler, M. (1977). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Argentina: Ed. Marymar.
- Prevert, J. (1946). *Palabras*. Argentina: Lumen. (1995).
- Pontalis, J.B. (1993). Winnicott, una intuición fundamental. En: *Zona Erógena*. n° 13. Buenos Aires.
- Winnicott, D.W. (1986). *El hogar, nuestro punto de partida*. Bs. As: Paidós. (1994).

Resumen

La autora da una mirada a algunos posibles destinos de la tarea de enseñar y curar, tratando de entender las resistencias que se levantan en contra de estos procesos, indagando por el sentido de algunas de las más agudas expresiones de desajuste y sufrimiento en nuestros tiempos. La tarea de quienes trabajan en educar, formar y explorar lo humano está especialmente confrontada con la demanda de una educación ligera, sin raíces en el mundo interno. El actual interés por la subjetividad no supone una autoexploración que trascienda, sino que habilite a seguir la vida sin interpelarla. Está en juego no sólo la ligereza sino también “lo vincular”. En los dos procesos, el de formación integral y el de la pesquisa interior a través del psicoanálisis, la relación con un “otro” es un eje central.

Palabras clave: educación, otro, proceso psicoanalítico, *self*, vínculo

Abstract

The author delves in some possible destinies of the tasks of educating and healing, trying to understand the resistances offered against these processes, searching for the meaning of some of the acutest expressions of disadjustment of our times. The responsibility for those working in education, forming and exploring the humane is specially confronted with the demand of a lighter education, with no roots in the internal world. The current interest for subjectivity does not suppose a transcendent self-exploration, but just to enable the individual to lead a life without questioning. Lightness and bonding are at stake. The relationship with the “other” is a main axis to both processes, to the raising of a whole individual and to the internal search through psychoanalysis.

Key words: education, other, psychoanalytic process, self, link